



:: ILUSTRACIÓN IVÁN MATA

Lo absoluto del desierto nevado

Una travesía por glaciares suizos, entre universos lunares, soledades y esfuerzos, contada por un apasionado montañero

55 SANTIAGO AIZARNA

Supongo que, como para cualquier otra actividad humana, la atracción o la tentación de la montaña pide o exige actores penetrados de una magia especial. Ver la belleza -que tantas veces se nos muestra tan esquiva como tentadora- se produce cuan-

do se tienen ojos adecuados para distinguirla, y alma para sentirla (como pudiera decirse a modo musical). Y, músculo para conquistarla, por supuesto.

De Maurice Chappaz, nacido en Lausana, Suiza, en 1916, y muerto en Martigny, cantón del Valais, en 2009, y perteneciente a una familia de abogados y notarios, se nos dice en la contraportada de este libro, que se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Lausana, pero pronto la abandonó para hacer lo en la de Letras de la Universidad de Ginebra, que también dejó al poco tiempo. En 1940, debido a la guerra mundial, fue llamado a filas para proteger las fronteras suizas. En plena contienda publicó sus primeros textos literarios de interés. Tras la guerra, Chappaz viajó por media Euro-

pa. Sin profesión habitual, deseaba dedicar todo su tiempo a la escritura, aunque trabajó como corresponsal de prensa ocasional y gestionó los viñedos de su tío en Valais. Después de una grave crisis personal, llegó incluso a emplearse como obrero en la construcción de la Grand Dixence, el muro de contención más alto del mundo, que recoge las aguas provenientes de treinta y cinco glaciares cercanos a Zermatt, viajó por todo el mundo: de Laponia a Canadá, del Tíbet al Monte Athos, pasando por Rusia, China, Líbano...

En cuanto a 'La alta ruta', que como libro fue publicado por primera vez en francés en 1974 y que muy pronto se convirtió en mítico, y en cuanto al recorrido montañero del que se trata, se narra que dicha ruta conecta Chamonix con Zermatt a

través del solemne y bellissimo vacío de los glaciares, un universo lunar nevado, atravesado por la soledad del esquiador de fondo o el alpinista, que tan bien conoce el vértigo y la embriaguez del esfuerzo. Y se nos habla, también, de otras intimidades de ese caminar como el del olvido del punto de partida y la obsesión con el punto de llegada, la respiración interior de quien camina siempre hacia arriba, dejando atrás imprevistos geranios en cabañas de madera y mariposas blancas...

Es decir, que Maurice Chappaz habla de todo ello con las palabras de una verdadera liturgia (en la que la belleza, en todas sus formas, es más importante que el frío), manifiestan- do que el principal propósito de este libro no es tanto hacer un listado de cumbres nevadas y ascensiones como

recrear «lo absoluto del desierto nevado», en un recorrido donde hay tanta ansiedad como calma, tanta excitación como ataraxia que desde el Mont Blanc hasta el Mont Rose, esta famosa travesía por los glaciares suizos tiene mucho de ruta iniciática y que llevado por la embriaguez de la altitud, Chappaz capta lo esquivo, dando fe de la avalancha de sensaciones que invaden al montañero (para él, la literatura alpina incluso puede compararse con la literatura erótica), que en la vida en las montañas, aunque sea solo por una temporada, hay un ascetismo y un esfuerzo que, agotándolos y a la vez colmándolos, llenan tanto el cuerpo como el alma.

No hay duda de que estamos hablando aquí de un libro dirigido, muy especialmente, a gentes montaÑeras ya que solamente ellas pueden ser las personas que entiendan esos superlativos elogios que brotan del hondo sentir del autor, de sus experiencias personales, de la entrega total que hace de una afición convertida en pasión, de las andanzas que enriquecen de manera inusual el panorama del que se nos hace una especie de revelación. Conscientes de esa singularidad, llega a escribirse también, en esa misma contraportada que en la memoria de los montañeros, estas páginas vivirán lo que han experimentado alguna vez de manera muy intensa; el resto de lectores asistirá a una verdadera «revelación de la altitud», con todo lo que de sorprendente y seductor tiene ésta, lo que,

acaso es mucho suponer, ya que, extremado se supone ese su hondo sentir, es como Chappaz traduce lo indescribible manejando imágenes de una rara belleza. Que si que ese tipo de belleza narrativa se nos hace accesible a los que nunca le hemos encontrado nada que admirar a las montañas, mientras que Chappaz parece como si entrara en éxtasis y si habla de un guía de montaña, es para transfigurarlo, hasta el punto de que uno tiene la impresión de estar en presencia de un sacerdote o un chamán. Solo el narrador parece capaz de ayudarnos a olfatear una grieta y, en un universo donde triunfa el blanco, descubrir azules, verdes, marrones. A veces, a través de sus imágenes, nos hace pensar en el Gióno de los grandes momentos.

Un libro de montaña y de montañeros, por lo tanto dirigido en la sola dirección de esas gentes y de sus afanes pero que, sin embargo, por su escritura, por su capacidad de sentimiento y entrega y por la facultad de expresión de que hace gala, consigue interesar, en su medida, a los totalmente ignotos de lo que sea el hollar montañas y el sentir algo, aunque no sea más que en mínima dosis, de lo que Chappaz y otros como él encuentran de apasionante en esa entrega, que es más que deportiva, al montañismo, y de esta manera, convertir un manual en un poemario.



LA ALTA RUTA

Autor: Maurice Chappaz.

Género: Montañismo.

Editorial: Periférica.

Páginas: 160.

Precio: 16 euros.